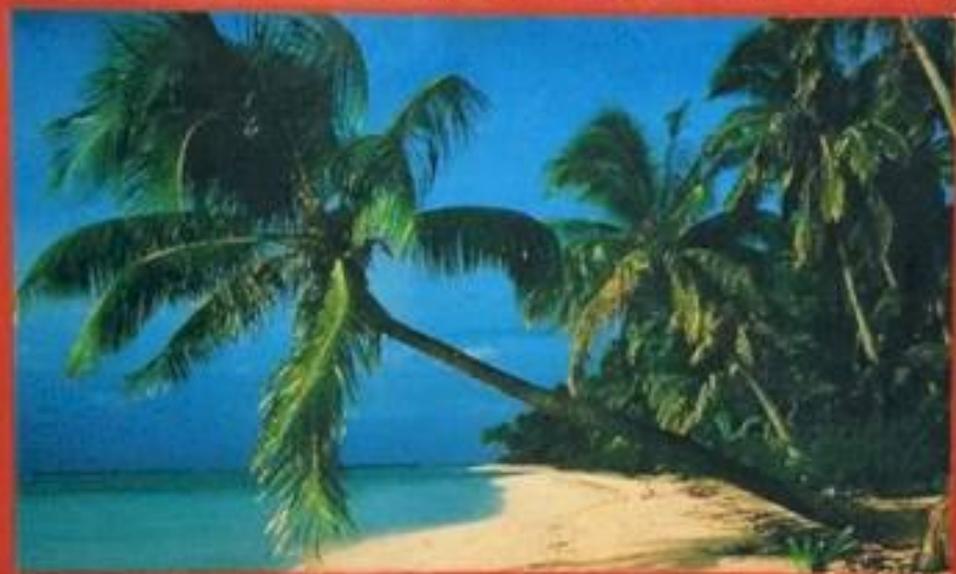


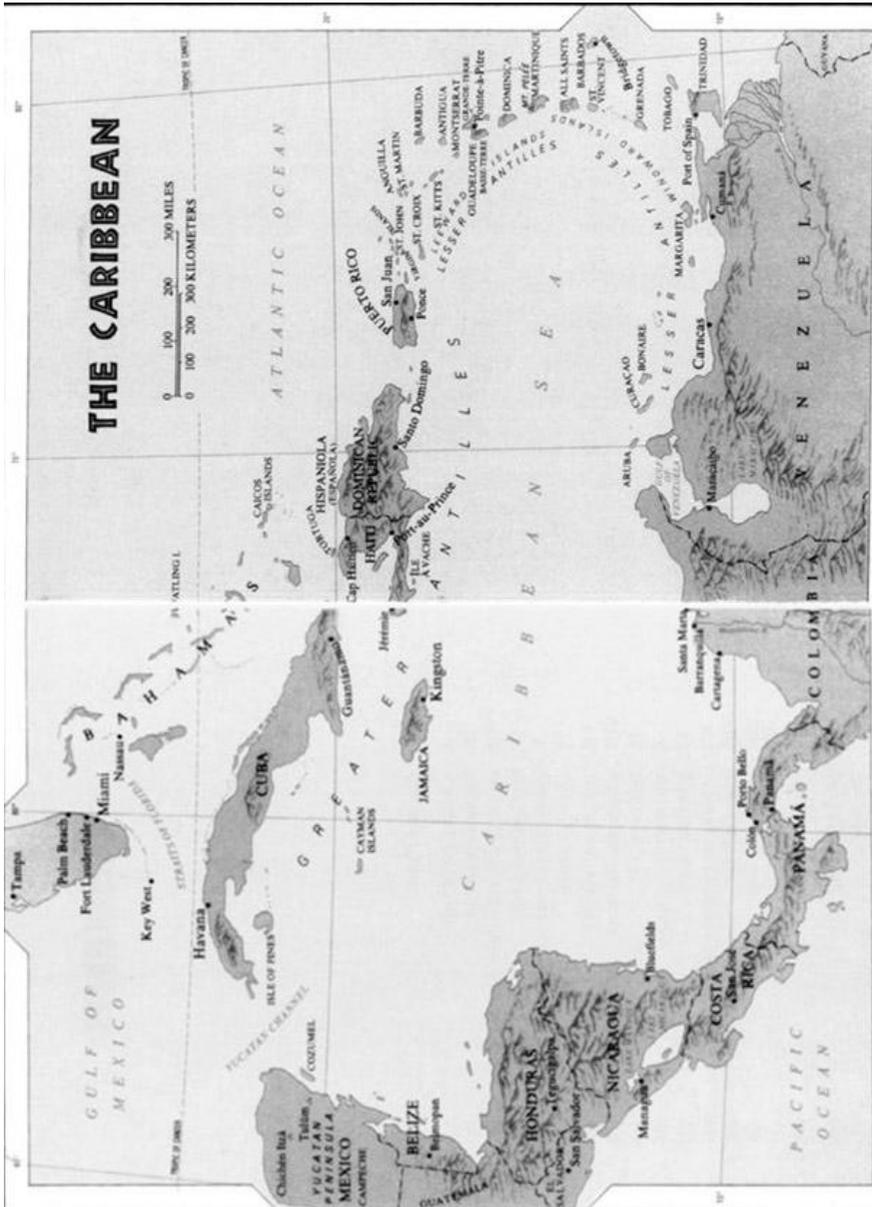
JAMES A.
MICHENER



CARIBBE

El maestro en la narración de historias nos lleva al Caribe con 16 magníficos relatos novelados que capturan la tumultuosa historia de las islas del Caribe. El caribe y sus deslumbrantes islas son el marco e hilo conductor de esta singular novela panorámica. La historia del Caribe, con su rico entramado de aventuras y desventuras humanas que forjaron la vida de los pueblos que lo habitan, se desgrana siglo a siglo e isla a isla desde el año 1310 hasta nuestros días, en un total de dieciséis relatos novelados, 700 dramáticos años de revoluciones y romance, esclavitud y superstición.

Este libro esta dedicado
al gentil recuerdo de
ALEC WAUGH
quien me dijo cuando estábamos trabajando
juntos en Hawai en 1959
«Algún día debes escribir sobre mi Caribe».



I



UN SETO DE CROTÓN

El principal personaje de esta narración es el Caribe, uno de los mares más majestuosos del mundo, rara joya entre los océanos, demarcado por numerosas islas que for-

man una cadena de bellas gemas al norte y al este. Aunque limitado hacia el sur y el oeste por dos continentes, son las islas las que dan al Caribe su encanto inigualable. En el norte se encuentran Puerto Rico, La Española (Haití y República Dominicana) y Cuba. Al oeste, pequeñas islas paradisíacas que motean artísticamente las olas azules: Antigua, Guadalupe, Martinica, Todos los Santos, Trinidad y Barbados, entre otras. La costa sur está formada por Venezuela, Colombia y Panamá. Con frecuencia se pasa por alto la costa occidental; donde se hallan Costa Rica, Nicaragua y Honduras, y la misteriosa península de Yucatán, donde florecieron los antiguos mayas.

El Caribe, cuya amplitud supera los tres mil kilómetros entre Barbados y Yucatán, no incluye las islas Bahamas ni la península de Florida, pero sí, cerca del centro, una isla que asumió, a intervalos, más importancia que la mayoría de las otras: Jamaica, con una turbulenta historia.

En los siglos siguientes a su descubrimiento por parte de Colón, en 1492, el Caribe fue dominado por naciones europeas fascinadas por su riqueza, su encanto y su situación estratégica para la guerra naval. España, Holanda, Inglaterra, Francia y, por breves perradas, Dinamarca y Suecia, influyeron en el destino del Caribe, hasta tal punto que en algunos momentos parecía que éste no estuviera determinado por las acciones desarrolladas en el área, sino por lo que ocurría en Europa. A su vez (y esto se convirtió en un factor crucial para la historia del mundo), los destinos europeos se decidieron con frecuencia en las grandes batallas navales que tuvieron lugar en el Caribe, especialmente entre las flotas de España, Holanda, Inglaterra y Francia.

Pero conviene no olvidar en ningún momento un aspecto importante de este mar y sus islas, la población de la zona se compondría en su mayor parte de esclavos negros, llegados de África en tal cantidad que con el tiempo, superaron en número a todos los otros grupos juntos y, finalmente, se hicieron también con el poder. Muchas de las is-

las llegarían a ser repúblicas negras, donde personas de esta raza ocuparían los cargos principales, tales como el de gobernador general, primer ministro o jefe de policía.

En el siglo XIX, llegó de la India una oleada de emigrantes hindúes y musulmanes que introdujeron influencias únicas, dando aún más colorido a ciertas islas y regiones. En décadas más recientes, numerosos, empresarios procedentes en su mayoría de Canadá y Estados Unidos han acudido para invertir inteligencia y dinero en un esfuerzo por convertir: las islas en paraísos turísticos y centros bancarios internacionales.

Con frecuencia se llama erróneamente al Caribe «el Mediterráneo de América». En un sentido estrictamente geográfico, la comparación es adecuada.

Los dos mares están delimitados por tierra y son casi idénticos en cuanto al tamaño: el Mediterráneo tiene 2 519 660 kilómetros cuadrados; el Caribe, 2 525 640. Y así mismo ambos han tenido gran importancia histórica. Pero ahí terminan las similitudes entre uno y otro. Las tierras que bordean el Mediterráneo han sido cuna de muchas civilizaciones sobresalientes y de tres grandes religiones, mientras que la única civilización indígena importante establecida en la zona antillana fue la maya, en Yucatán, que ya casi había desaparecido cuando llegaron los conquistadores europeos.

En cambio, lo que el Caribe sí proporcionó con generosidad, fue un mar de celestial belleza, un conjunto de islas sin igual y una variada serie de pobladores; en resumen, nunca le han faltado diversidad ni encanto. Pero era, ante todo; el escenario de una de las manifestaciones más violentas de la naturaleza: los grandes huracanes que se gestaban misteriosamente en las costas de África y llegaban rugiendo a través del Atlántico Sur, con demoníaca furia. Cada verano, estos monstruos se desbocaban entre las islas, y si bien a veces no tocaban siquiera la tierra, en otras ocasiones lo asolaban todo, derribando palmeras, arrancan-

do casas y provocando cientos de víctimas humanas. Los huracanes seguían un curso prefijado. Rara vez atacaban muy al sur, en Trinidad o Cartagena, y sólo de vez en cuando se desviaban hacia el norte llegando a las Bermudas; pero Barbados y Jamaica recibían estas visitas una vez cada década, por lo menos, y algunas islas más pequeñas eran devastadas aún con mayor frecuencia. Las soleadas playas de arena blanca y cristalinas aguas azuladas son la gloria del Caribe; los huracanes, su infierno.

Mas, a pesar de la magnificencia de este mar, los relatos sobre las vicisitudes humanas deben centrarse en el disperso territorio insular, tal como en el resto del mundo la historia se concentra en los continentes poblados. No tenemos tiempo ni espacio para ocuparnos de todas las islas, y aunque cada una de ellas merecería ser tratada aparte, sólo visitaremos en detalle algo más de una docena. En el proceso, tendremos ocasión de conocer muy diversas civilizaciones, dominadas por varios países —España, Holanda, Inglaterra, Francia, Dinamarca, Estados Unidos— y por pueblos que no tuvieron relación alguna con Europa —los *arawak*^[1], los caribes, los mayas, y los originarios de África y de Indias Orientales.

El que vamos a inspeccionar es un rico tapiz.

La historia se inicia en el año 1310, en una isla que más adelante se llamaría Dominica, situada en, medio del arco oriental.

Tiwani sospechó que podía haber dificultades en cuanto supo que unos extranjeros se habían asentado al otro lado de la isla. Quien le transmitió esta perturbadora noticia era una de los hombres más dignos de crédito de la colonia *arawak*, su compañero Bakamu, que en una de sus interesantes andanzas había visto las tres extrañas canoas desde lo alto de una colina, donde cavaba en busca de un agutí.

Las canoas eran mucho más grandes que las conocidas en la isla; sus tripulantes, más altos y de piel más oscura...

Olvidándose del agutí, que había hecho una madriguera más profunda de lo habitual, Bakamu volvió a cruzar la isla a toda carrera, bajo las ramas de los altos árboles arracimados que cubrían las colinas, para gritar a su mujer:

—Han venido.

Esas palabras resumían un mundo de misterio y aprensión, pues nunca antes habían llegado desconocidos a la isla y tampoco podía él haber previsto su llegada, ni saber siquiera que existiesen. Pero Bakamu no era un hombre corriente, tal como lo atestiguaba su nombre, que significaba «el que ha luchado por volver», y lo tenía bien ganado.

Siendo joven, cuando aún llevaba su nombre de nacimiento, Marabul había ahuecado un enorme tronco para fabricarse una sólida canoa. En ella remó con valentía hasta otras islas del Caribe, desconocidas hasta entonces. Fue hacia el norte; por el mar abierto, hasta la isla que, siglos después de su muerte, se llamaría Guadalupe; después, navegando hacia el sur, llegó a Martinica. Descubrió así que su pequeña isla se encontraba entre dos más grandes, que parecían deshabitadas.

Había cavilado mucho sobre el misterio de que su pequeña isla estuviera habitada, mientras que sus vecinas; más grandes, no lo estaban. Pero no halló respuesta y no discutió el tema con nadie. Guardó silencio aun después de llevar a Tiwani como esposa al refugio que había construido para los dos. Ella es muy sabia, pensó, y algún día se lo diré. Pero ahora Bakamu ya estaba al corriente de que su esposa poseía una sabiduría poco común; sabía, mejor que otras mujeres, cuándo plantar la mandioca y los camotes, cómo cultivar el maíz y en qué lugar de la selva se podían buscar zapotes, guabas y, sobre todo, la rica y dulce *nuez del acajú*^[2] y cuando su marido traía a casa una iguana, una o dos veces al año, ella sabía preparar un gran festín y secar el resto de la carne, conservándola para más adelante.

Las habilidades de Tiwani merecían el respeto de toda la aldea.

Juntos, formaban una de las parejas más atractivas del lado de poniente: él, hombre de contextura robusta y reflexivo; ella, un pajarillo pardo y nervioso que todo lo observaba. Como él demostraba una insólita destreza en todas las actividades físicas —correr, saltar, nadar, jugar—, contaba con el respeto de sus vecinos y, en público, sus palabras eran escuchadas con atención; sin embargo, todos sabían que en el hogar obedecía a su esposa; Los hombres no la consideraban hermosa, pero la expresión de su cara cuando hablaba o sonreía, despertaba una admiración especial cuando caminaban juntos por la playa o cruzando la aldea, Tiwani con su atavío de vivos colores y Bakamu con un tarrabo rojizo, ella iba siempre delante, como si fuera explorando el camino para él; con ojos rápidos y curiosidad innata. Dondequiera que estuviesen, hicieran lo que hicieran, siempre reían mucho. Para todos era evidente que formaban una pareja feliz.

Era fácil reconocer la vivienda de Bakamu y su esposa. Si bien la choza redonda, hecha con postes de madera, esterillas y barro, se parecía a todas las demás, construidas en círculos, la parcela en la que se erguía estaba delimitada por un gran seto, que relucía cuando la luz del sol daba sobre él.

Al plantarlo; Tiwani sólo había utilizado crotón, una planta tropical que producía en sus hojas, grandes y anchas, una cegadora variedad de colores.

Había rojos, amarillos, azules, púrpuras, marrones intensos y cuatro o cinco colores más, todos salpicados con iridiscentes motas de oro: Había plantas que, por alguna razón, tenían las hojas de un solo color; otras, en cambio, presentaban una gran variación; y en algún que otro caso, como en una demostración de versatilidad, la misma planta lucía un solo color claro en la cara superior de cada hoja y otro mucho más oscuro en el anverso.

Un seto de crotón era una continua fuente de sorpresas y alegría, pues cada una de las plantas era en sí un desenfreno. Crecían con disparatada profusión, sin obedecer a una sola de las sensatas leyes que gobiernan a las plantas comunes.

Si Tiwani hubiera plantado su seto con cualquiera de las plantas de flores rojas que germinaban en su aldea (las que más adelante se llamarían flores de Pascua, *anturios* o *hibiscos*), habría sabido cómo y cuánto se desarrollaría, pues esos arbustos floridos crecían hasta una altura predeterminada, y se apretaban entre sí como gobernados por un solo espíritu benévolo: «Fuiste creado para ser de este modo y así serás, para alegrar la vista de los hombres».

Pero el crotón era incontrolable. Una y otra vez Tiwani podaba su seto para darle una altura uniforme. Una mañana descubría que dos de sus plantas habían alzado el vuelo, como aves marinas que abandonaran la bahía para tomar altura. Crecían como arbolitos decididos, hasta quedar tan fuera de toda proporción que ella debía cortarlos, pues estropeaban todo el seto. Otras veces ponía en una parte crotones de un mismo color, todos amarillos, por ejemplo, y una vez más crecían a su antojo.

Nadie puede conseguir que una mata de crotón crezca a voluntad de uno; ni respecto del tamaño ni del color ni del aspecto general. Lo más irritante era que alguna planta de belleza especial, que quizá presentaba una combinación de cuatro colores; dejaba súbitamente de crecer hacia arriba y decidía proliferar hacia los costados tornándose sus hojas aún más grandes a medida, que su forma degeneraba.

Un atardecer, mientras Tiwani contemplaba su encantador y rebelde seto de crotón, sentada con su esposo en el esplendor del crepúsculo dijo a Bakamu: Esta planta es la que más se parece a las personas. Puede ser de cualquier manera: alta o baja, de un color o de otro, clara u oscura. No puedes hacer que obedezca, pues vive según sus pro-

pias reglas. Pero si dejas que se salga con la suya, puede ser una maravilla. ¡Mira eso!

Y ambos estudiaron un sector del seto donde todas las plantas eran del mismo tamaño y del mismo color, un rojo chispeante... salvo una, en el centro, que estropeaba todo el conjunto. Era de un llamativo color purpúreo, el doble de alta que las demás, y decidida a seguir creciendo.

—Ésa me recuerda a ti —comentó ella— qué sigues tu camino.

Tenía razón al pensar que Bakamu actuaba según sus propias reglas.

Cuando él le reveló, por fin, sus conocimientos de las otras islas que había descubierto, ella le espetó:

—¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿No te parece que es lógico? Si nosotros estamos aquí, ¿por qué no puede haber gente en otra parte? Le propuso muy seriamente ir allí con él, para inspeccionar aquellas tierras con más atención.

Pero eso era imposible. Si una mujer tocaba la canoa de Bakamu, que tenía forma de genitales masculinos, él estaba convencido: de que su magia quedaría destruida. Si Tiwani subía a la canoa para hacer un viaje, la exploración acabaría en un desastre, sin duda alguna.

Pero eso no impidió que la ágil mente de Tiwani viajara aún más lejos que su marido, y discurrió:

—¿Recuerdas las leyendas, Bakamu? Dicen que vinimos de grandes aguas del sur, desde allá, y que cuando llegamos nos establecimos en el lado del sol naciente, donde las olas eran enormes. Ahí nos pasaron muchas desgracias, hasta que navegamos en nuestras canoas hacia el lado del sol poniente. Entonces prosperamos.

Bakamu asintió, pues ésa era la verdad aceptada por su pueblo. Y su propia experiencia confirmaba los viejos relatos, pues al iniciar sus exploraciones había circunnavegado la isla, y en el flanco del sol naciente sólo había encontrado dificultades, olas gigantes y acantilados imponentes. Enton-

ces comprendió que la magia del océano, conocido más adelante como Atlántico, era muy superior a la del mar, que en el futuro se llamaría Caribe.

—No hay protección ahí. Olas poderosas. Y aguas más oscuras. Tras una pausa añadió el dato que condenaba definitivamente al lado de levante: No hay pesca.

En su aldea, y también en otras de la costa de poniente, era muy admirado como pescador de prodigiosa destreza que conocía los secretos de las aguas profundas. Pasaba horas enteras en su canoa, con la lanza lista, aguardando la llegada de los peces, y habitualmente adivinaba de antemano por dónde llegarían. En ese momento remó hada el oeste, siguiendo a un enorme manatí que se había extraviado en esas aguas. No perdió de vista a la gran bestia, ni siquiera cuando la costa desapareció a su espalda, pues sabía que si lograba llevar el animal hasta tierra, todas las aldeas de poniente tendrían carne para grandes festines. Mientras Bakamu perseguía a la enorme bestia, casi tan grande como una ballena pequeña, se desató una de las tempestades que azotaban a la isla de vez en cuando; un temible huracán. Durante tres días terribles las olas fueron tan tumultuosas que hasta el manatí se vio obligado a buscar refugio, mientras la canoa de Bakamu giraba y se sumía en el cavernoso seno de las olas. Él se tendió en el fondo; dando gracias al Gran Espíritu por haberle ordenado: «Haz tu canoa más resistente que las otras, para que las tempestades no la destruyan». Aun así, a veces las olas eran tan grandes que se creyó condenado. No gritó de desesperación ni tembló de miedo; boca abajo, se aferraba con fuerza a la canoa por, él construida, murmurando: «El hombre viene, el hombre se va, tanto en el mar como en la tierra». Luego pensó en su mujer, sola en la cabaña, y se preocupó por ella, porque cuando el huracán atacaba en el mar, el hombre moría rápidamente, con la total destrucción de su canoa, mientras que en tierra la muerte era más lenta y dolorosa, pues las viviendas se desmoronaban y caían grandes

árboles atrapando a las personas, que quedaban inmovilizadas hasta morir.

En tanto él sufría en el mar con esos pensamientos, Tiwani estaba en su cabaña, protegida por su seto de cro-tón y aterrorizada por lo que pudiera haber sido de su marido. Como otros en la aldea, al amainar el huracán miró hacia el mar vacío; todavía turbulento, y murmuró:

—¡Oimé, el gran pescador, el intrépido explorador, ha muerto! —y los aldeanos, después de sepultar a los que habían muerto en tierra, organizaron una ceremonia de duelo por Bakamu, que había muerto en el mar.

Un par de días después de la gran tormenta; dos niños que jugaban en la playa divisaron una canoa que se aproximaba y empezaron a gritar. Todos corrieron a la orilla para ver el espectáculo Bakamu, el gran hombre, conducía su canoa entre las olas, remolcando el cuerpo del manatí al que había vuelto a perseguir una vez abatida la tormenta. Fue entonces, en ese momento de júbilo, cuando un anciano gritó:

—¡Ha luchado por volver!

Y el nombre de Bakamu ganó nuevos honores...

Ahora, mientras hablaban de los desconocidos con grandes canoas y él recordaba a Tiwani lo desolado del flanco oriental, ella preguntó, pensativa:

—¿Es aquello tan feo como dicen nuestras leyendas?

—Peor.

—Pero si a nuestros antepasados les pareció inhóspito, ¿no pensarán lo mismo esos recién llegados?

—Puede ser. —¿Y no harán lo que hicieron los nuestros? ¿Venir al lado bueno?

—Tal vez.

Entonces ella inició un intenso interrogatorio que hacía siempre que su mente necesitaba más datos específicos:

—¿Dicen que tienen la cara más oscura que la nuestra?

—Sí. —¿Y que sus mujeres se arrastran como animales asustados?

—Sí.

Conforme hacía sus preguntas, acercando a él su cara inquisitiva, Tiwani descubrió dos cosas sobre las que Bakamu quería hablar con más detalle, pues él también quería comprender a los recién llegados y sondear sus intenciones.

—El jefe es un hombre más corpulento y más rudo, lleva un enorme garrote que agita con frecuencia sobre la cabeza, atemorizándolos a todos. Estaba tan enojado que golpeó con él a un hombre, derribándolo. —¿Lo mató?

—Creo que sí. Los otros se lo llevaron.

Se hizo una pausa angustiada, pues Bakamu deseaba compartir con su esposa una duda temible que ni siquiera había querido admitir.

—Tiwani, debo decirte una cosa: Poco después, los que se llevaron al muerto volvieron con grandes trozos de carne. No era agutí ni manatí. Y metieron la carne en un caldero y prepararon un festín.

Tiwani escuchaba esas sobrecogedoras palabras conteniendo el aliento. En voz baja, preguntó:

—¿Piensas que se comieron a su propio hermano?

Como Bakamu callaba, estalló en un gemido y, llorando, dijo:

—Se acercan malos tiempos y el terror cayó sobre los dos.

Las preguntas habían sido tan ordenadas, tan decisivas las revelaciones, que esa misma tarde Tiwani comenzó a tomar ciertas medidas prudenciales para proteger a su familia contra los recién llegados, pues estaba segura de que atravesarían las montañas.

—Esa frase, «cuando atraviesen las montañas», dominó todos sus pensamientos en los días siguientes. La repetía mientras cortaba ramas para disimular los accesos a su vi-